

Doris Lessing
Gatos ilustres

Ilustraciones de Joana Santamans

El amor de Doris Lessing por los gatos viene de lejos. *Gatos ilustres* se abre con las experiencias de la gran autora en la granja africana donde se crió y nos lleva hasta su vida adulta en Londres, en un viaje a través de los continentes y de los años que tiene como hilo conductor a muchos de los gatos que formaron parte de su vida. Agresivos algunos, muy dignos otros, todos en busca de atención, estos animales corrientes se convierten en criaturas extraordinarias bajo la mirada atenta de Lessing. Las espléndidas ilustraciones de Joana Santamans complementan esta delicia literaria.



Capítulo 1

Como la casa se alzaba en lo alto de una colina, los halcones, las águilas, las aves rapaces, que suspendidas en las corrientes de aire, daban vueltas sobre los matorrales, a menudo quedaban a la altura de los ojos, a veces más abajo. Posábamos la vista en las alas negras y pardas —una extensión de seis pies—, destellantes con el sol, que se inclinaban cuando el pájaro describía una curva. Abajo, en los campos, nos tumbábamos inmóviles en un surco, a poder ser donde el arado se había hundido más al girar, bajo un manto de hierbas y hojas. Había que sepultar o recubrir de tierra las piernas, cuya palidez, pese al bronceado, resaltaba contra el pardo rojizo del suelo. A cientos de pies de altura, una docena de aves volaba en círculo, al acecho del menor movimiento de un ratón, un pajarito o un topo. Elegíamos una, tal vez la que se cernía sobre nosotros; y quizá por un instante teníamos la impresión de que se producía un intercambio de miradas: los ojos fríos y penetrantes del ave, y los ojos fríamente curiosos del ser humano. En la parte inferior del estrecho cuerpo en forma de bala, entre las inmensas alas suspendidas, las garras estaban ya preparadas. Al cabo de medio minuto, o de veinte segundos, se abatía sobre el animalillo que hubiera escogido; acto seguido se elevaba para alejarse con un pausado batir de alas dejando tras de sí un remolino de polvo rojo y un intenso olor fétido. El cielo continuaba como siempre: un espacio azul, alto y silencioso, salpicado de bandadas de pájaros

que daban vueltas. De todas formas, en lo alto de la colina era habitual ver un halcón precipitarse oblicuamente desde el círculo de aire donde había permanecido hasta seleccionar la presa: una de nuestras gallinas. E incluso volar ladera arriba por una de las pistas abiertas en la espesura, con cuidado de proteger las inmensas alas de las ramas salientes: ¿no era sin duda un ave que actuaba contra su instinto natural al recorrer veloz la avenida aérea entre los árboles en vez de lanzarse en picado sobre la tierra?

Nuestras gallinas constituían, o cuando menos así las consideraban sus enemigos, una provisión siempre renovada de carne para los halcones, búhos y gatos salvajes de varias millas a la redonda. Del alba al atardecer correteaban por la desprotegida cima de la colina, convertida en destino de los predadores por el relucir de plumas negras, pardas y blancas y el continuo cloqueo, cantar de gallos, escarbaduras y contoneos.

En las granjas africanas es costumbre recortar las tapas de las latas de parafina y petróleo y colgar al sol estos destellantes cuadrados de metal. Para espantar a las aves, dicen. Pero yo he visto un halcón descender de un árbol para arrebatarse una gorda clueca adormilada de encima de los huevos que empollaba, y eso a pesar de estar rodeada de perros, gatos y personas, negras y blancas. Y una vez, tomando el té sentadas delante de la casa, una docena de personas presencié cómo un veloz halcón arrancaba de la sombra de un arbusto un gatito bastante crecido. Durante el largo y caluroso silencio del mediodía, un chillido, cacareo o revuelo de plumas repentinos podía significar tanto que un halcón se había llevado un pollo como que un gallo había cubierto una gallina. De todos modos, había aves de corral en abundancia. Y tantos halcones que carecía de sentido dispararles. Siempre que mirábamos al cielo desde lo alto de la colina divisábamos a menos de media milla un pájaro volando en círculos. Y un par de cientos de pies más abajo un diminuto retazo de sombra se deslizaba sobre los

árboles, sobre los campos. Sentada en silencio bajo un árbol, he visto animales que se quedaban paralizados o corrían a refugiarse cuando la amenazadora sombra de unas alas desplegadas en el cielo les rozaba u oscurecía por un momento la luz sobre la hierba, sobre las hojas. No se trataba nunca de un pájaro solitario. Eran dos, tres, cuatro que daban vueltas arracimados. ¿Y por qué ahí precisamente?, se preguntaba una. ¡Pues claro! Porque se servían, a distintos niveles, del mismo remolino de aire. Un poco más lejos, otro grupo. Una mirada más atenta... y el cielo aparecía salpicado de manchitas negras; o de manchitas relucientes, si les daba el sol, como las motas de polvo en un haz de luz que entra por la ventana. ¿Cuántos halcones habría en aquellas millas de aire azul? ¿Centenares? Y todos capaces de llegar hasta nuestras gallinas en cuestión de minutos.

Por eso no se disparaba a los halcones. Salvo en un ataque de rabia. Recuerdo que cuando aquel gatito desapareció en el cielo maullando entre las garras del halcón mi madre descargó el rifle contra él. Inútilmente, por supuesto.

Mientras que las horas diurnas eran del halcón, el alba y el atardecer pertenecían a los búhos. Las gallinas se metían en los corrales al ponerse el sol, y los búhos no faltaban a la cita en las ramas de los árboles; y en ocasiones un soñoliento búho rezagado se apoderaba de un pollo al amanecer, cuando se abrían los corrales.

Halcones a la luz del sol; búhos en el crepúsculo; y gatos, gatos salvajes, por la noche.

Y con ellos sí tenía sentido usar el rifle. Las aves eran libres de recorrer miles de millas de cielo. Los gatos tenían una guarida, un compañero, gatitos; por lo menos una guarida. Cuando uno decidía vivir en nuestra colina, lo matábamos de un tiro. Los gatos iban de noche a los corrales, se colaban por agujeros increíblemente pequeños del muro o de la alambrada. Los salvajes se apareaban con nuestros gatos, arrastraban a pacíficos mininos domésticos a la azarosa existencia de la sabana, para la cual no nos cabía la

menor duda de que no estaban preparados. Los gatos salvajes ponían en entredicho la condición de nuestros tranquilos animales.



Un día el hombre negro que trabajaba en la cocina dijo que acababa de ver un gato salvaje en un árbol que se hallaba en mitad de la ladera. Mi hermano no estaba; por tanto, cogí el rifle de calibre veintidós y salí a buscar al felino. Era mediodía: no era la hora de los gatos salvajes. En un árbol a medio crecer, estirado sobre una rama, estaba el gato, bufando. Sus ojos, de color verde, echaban chispas. El gato salvaje no es un animal bonito. Tiene un feo pelaje marrón amarillento y áspero. Además, huele mal. Aquél había capturado una gallina en las últimas doce horas. En la tierra al pie del árbol se veían plumas blancas y pedacitos

de carne que ya olía mal. Aborrecíamos a los gatos salvajes, que gruñían, arañaban, bufaban y nos odiaban. Aquél era un gato salvaje. Le disparé. Cayó de la rama a mis pies, se retorció un poco entre las plumas blancas movidas por el viento y se quedó inmóvil. En otras circunstancias hubiera cogido el cadáver por la sarnosa cola hedionda para arrojarlo al pozo en desuso más cercano. Pero aquel gato me llamó la atención. Me agaché a mirarlo. La forma de la cabeza no era la de un gato salvaje; y el pelo, aunque áspero, era demasiado suave. Tuve que reconocerlo. No se trataba de un gato salvaje, sino de uno de nuestros mininos. En aquel feo cadáver reconocimos a Minnie, una encantadora gatita que había desaparecido dos años atrás; presa, creímos, de un halcón o un búho. Minnie era medio persa, una criatura suave que daba gusto acariciar. Y ahí estaba, convertida en una comedora de pollos. No muy lejos del árbol en que la maté, encontramos una camada de gatos salvajes; pero éstos eran salvajes de verdad, y los seres humanos, sus enemigos: buena prueba de ello es que nos mordieron y arañaron los brazos y las piernas. De modo que acabamos con ellos. O mejor dicho, mi madre se cuidó de eliminarlos; porque, según una ley de nuestro hogar sobre la que no reflexioné hasta muchos años más tarde, la encargada de aquella desagradable tarea era ella.

Pensándolo bien, siempre hubo gatos en casa. Sin más veterinario que el de Salisbury, a setenta millas de distancia. Sin «esterilizaciones» de gatos que yo recuerde, y mucho menos de gatas. Una gata implica crías, numerosas y frecuentes. Alguien tenía que deshacerse de los gatitos no deseados. ¿Tal vez los africanos que trabajaban en la casa y la cocina? Recuerdo cuán a menudo oía las palabras *bulala yena* (¡mátalo!). A los animales y aves heridos o enfermos de la casa y la granja: *¡bulala yena!*

Pero en la casa había un rifle, además de un revólver, y los usaba mi madre.

De las culebras, por ejemplo, solía ocuparse ella. Aparecían sin cesar, lo que dicho así suena dramático, y supongo que lo era; pero nos resignábamos. A mí me daban mucho más miedo las arañas: enormes, de diversas clases y numerosas, me amargaban la vida. Había cobras, mambas negras, víboras bufadoras y víboras nocturnas. Y una especialmente desagradable llamada serpiente de árbol, que tiene la costumbre de enroscarse en las ramas, en los postes de los porches, en cualquier cosa que se eleve un poco del suelo, y de escupir al rostro de quien la moleste. A menudo se encuentra a la altura de los ojos de las personas, que por tanto quedan ciegas. Sin embargo, durante veinte años de culebras la única desgracia sucedió una vez en que una serpiente de árbol escupió a los ojos de mi hermano. Un africano le salvó la vista con un remedio indígena.

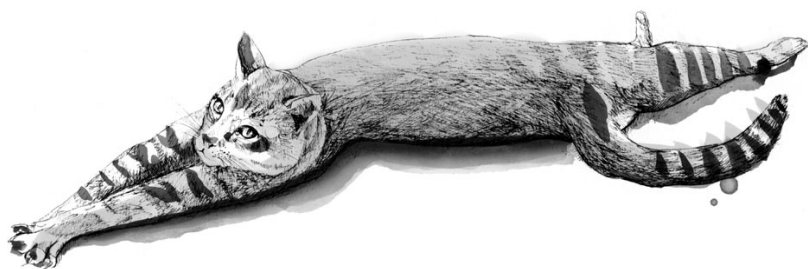
Pero la voz de alarma se daba a cada momento. Hay una serpiente en la cocina; o en el porche; o en el comedor; en cualquier sitio, por lo visto. En una ocasión estuve a punto de coger una víbora nocturna pensando que era un ovillo de hilo de zurcir. Por suerte ella se asustó primero y su silbido nos salvó a las dos: yo eché a correr y ella escapó. Otra vez una culebra se metió en el escritorio, un conjunto de papeles apilados en pequeños compartimentos. Mi madre y los criados tardaron horas en hacerla salir para que ella pudiera descerrajarle un tiro. Otro día una serpiente, una mamba, se metió debajo del recipiente del grano que teníamos en la choza que servía de despensa. Mi madre tuvo que tumbarse de lado y disparar a un pie de distancia.

Una serpiente en la pila de leña nos puso en vilo a todos; y yo causé la muerte de uno de nuestros gatos preferidos al decir que la había visto escurrirse entre dos leños. Lo que había visto era la cola del gato. Mi madre disparó contra algo gris que se movía; y el gato salió chillando, con el costado reventado, todo rojo y en carne viva. Se retorció y gritó sobre las virutas de madera, con el corazoncito san-

grante a la vista entre las frágiles costillas destrozadas. Murió en las manos de mi madre, que lloraba y lo acariciaba. Entretanto la cobra se hallaba a un par de yardas, enroscada en un leño.

En una ocasión, un gran alboroto de gritos y advertencias; en un camino rocoso bordeado de hibiscos y coronas de Cristo, un gato en pleno combate con una serpiente danzarina, delgada y oscura. La serpiente se metió en el seto espinoso, de una yarda de anchura, y ahí se quedó, con los ojos brillantes fijos en el gato, que no se atrevía a acercarse. El gato permaneció allí toda la tarde, dando vueltas al seto que la protegía, bufando hacia ella, maullando. Y al anochecer la serpiente escapó sana y salva.

Retazos de recuerdos, historias sin principio ni fin. ¿Qué le ocurrió al gato que maullaba de dolor tendido en la cama de mi madre, con los ojos hinchados por el escupitajo de una serpiente? ¿Y a la gata que entró llorando en casa, con el vientre colgando hasta el suelo por la cantidad de leche? Fuimos a ver a los gatitos en la caja vieja del cobertizo de las herramientas, pero habían desaparecido; y el criado escudriñó las huellas en el polvo de alrededor y dijo: *Nyoka*. Una serpiente.



En la infancia, las personas, los animales, los hechos llegan, se aceptan, se desvanecen, sin que se ofrezcan ni se pidan explicaciones.

Pero ahora, al recordar gatos, siempre gatos, un centenar de incidentes con ellos, años y años de gatos, me sor-

prende el mucho trabajo que debieron de representar. Ahora, en Londres, tengo dos gatos, y a menudo digo: qué tontería buscarse problemas y preocupaciones por dos animalitos.

Todo el trabajo debió de correr a cargo de mi madre. Las labores de la granja para el hombre; las domésticas para la mujer, aunque en la casa hubiera muchos más quehaceres que en una casa de ciudad. Además, era su trabajo porque cada naturaleza da con la tarea para la cual está hecha. Ella era comprensiva, sensata, astuta. Pero sobre todo, y en todos los aspectos, era una persona práctica. Más aún: era uno de esos seres humanos que entienden cómo funcionan las cosas; y se adaptan a ellas. Menuda papeleta.

Mi padre lo entendía bastante bien; era un hombre de campo. Pero su actitud se manifestaba en forma de protesta; cuando había que hacer algo, adoptar alguna medida, se tomaba una decisión definitiva..., y quien la tomaba era mi madre. «¡No hay más que hablar, supongo!», decía él con una cólera irónica que era también de admiración. «La naturaleza —decía capitulando— está muy bien, siempre que se mantenga en su sitio».

Pero mi madre, para quien la naturaleza era su elemento, incluso su deber y su cruz, no perdía el tiempo en sentimentalismos filosóficos. «A ti todo te parece bien, ¿eh?», decía; de buen humor, de buen humor por mucho que le costara; pero con resentimiento, por supuesto, pues no era mi padre quien ahogaba los gatitos, disparaba a la serpiente, mataba a las gallinas enfermas y quemaba azufre en el nido de las hormigas blancas: a mi padre le gustaban las hormigas blancas, disfrutaba observándolas.

Por lo tanto me resulta aún más difícil comprender qué condujo a aquel espantoso fin de semana en que me quedé a solas con mi padre y unos cuarenta gatos.

De aquella época sólo recuerdo, a modo de explicación, el comentario: «Se le ha ablandado el corazón y se niega a ahogar gatitos».

Comentario pronunciado con impaciencia, con irritación y —por mi parte— con una furia fría y dura. En aquella época yo estaba en guerra con mi madre, una lucha a muerte, una lucha por la supervivencia, y tal vez aquello tuviera algo que ver con eso, no lo sé. Ahora me pregunto, con estupor, qué clase de derrumbe se produjo en su valor. ¿O quizá fuera una forma de protesta? ¿Qué tristeza íntima se expresaba de ese modo? ¿Qué quiso decirnos aquel año en que se negó a ahogar gatitos y a matar gatos que pedían a gritos morir? Y, por último, ¿por qué se marchó y nos dejó a los dos solos, sabiendo perfectamente —pues debía de saberlo, ya que la amenaza se había proferido con frecuencia y a voz en cuello— lo que iba a pasar?

Un año, quizá menos, de negativa de mi madre a desempeñar su papel de reguladora, árbitro y equilibrio entre la sensatez y la insensata proliferación de la naturaleza tuvo la consecuencia de que la casa, los cobertizos en torno a ella, los matorrales que circundaban la granja quedaron infestados de gatos. Gatos de todas las edades; gatos domésticos y salvajes y de estadios intermedios; gatos sarnosos y con conjuntivitis, gatos tullidos y lisiados. Peor aún, había media docena de hembras a punto de parir. Nada impediría que, en cuestión de unas semanas, nos convirtiéramos en campo de batalla para un centenar de gatos.

Había que hacer algo. Lo dijo mi padre. Lo dije yo. Lo dijeron los criados. Mi madre apretó los labios, calló, pero se fue. Antes de marcharse se despidió de su minino favorito, una vieja gata atigrada que era la madre de todos. La acarició con ternura y lloró. Me acuerdo muy bien de mi sensación de inutilidad por no poder entender la impotencia de aquellas lágrimas.

En cuanto se marchó, mi padre dijo varias veces: «En fin, hay que hacerlo, ¿no?». Sí, había que hacerlo; y por eso pidió una conferencia con el veterinario de la ciudad. Tarea nada fácil. El teléfono estaba conectado a una línea compartida por otros veinte granjeros. Había que aguardar a

que terminaran el cotilleo y el intercambio de noticias entre las granjas; luego comunicar con la centralita; después pedir línea con la ciudad. Te llamaban cuando una línea quedaba disponible. En ocasiones tardaban una hora, dos. Aquella espera forzosa resultó aún peor mirando a los gatos, deseando que aquel desagradable asunto acabara de una vez. Sentados juntos a la mesa del comedor, aguardamos a que sonara el teléfono. Por fin conseguimos hablar con el veterinario, que nos dijo que la forma menos cruel de matar gatos adultos era el cloroformo. La farmacia más cercana se hallaba en Sinoia, a veinte millas. Fuimos a Sinoia, pero la farmacia estaba cerrada porque comenzaba el fin de semana. En Sinoia telefoneamos a Salisbury y pedimos a un farmacéutico que nos enviara un frasco grande de cloroformo en el tren del día siguiente. Dijo que lo intentaría. Aquella noche nos sentamos delante de la casa bajo las estrellas; así solíamos pasar las veladas cuando no llovía. Nos sentíamos tristes, furiosos, llenos de mala conciencia. Nos acostamos temprano para que el tiempo pasara más deprisa. El día siguiente era sábado. Fuimos a la estación, pero el cloroformo no llegó en el tren. El domingo una gata parió seis crías. Salieron todas deformes: a cada una le pasaba algo. Endogamia, dictaminó mi padre. De ser así, llama la atención que en menos de un año unos cuantos animales sanos se transformaran en un ejército de tullidos roñosos y enfermizos. El criado se deshizo de la camada y nosotros pasamos otro día de desasosiego. El lunes fuimos a la estación, esperamos el tren y regresamos con el cloroformo. Mi madre volvía esa noche. Cogimos una caja grande de galletas, metálica y hermética, y metimos en ella a un viejo gato triste y enfermo, junto con algodón empapado en cloroformo. No recomiendo este método. El veterinario aseguró que era instantáneo, pero no lo fue.



Al final acorralamos a los gatos y los encerramos en una habitación. Mi padre entró en el cuarto con su revólver de la Primera Guerra Mundial, más seguro que el rifle, afirmó. El arma disparó un tiro, otro, otro, otro. Los gatos que seguían en libertad habían presentido su destino y corrían

chillando furiosos por la sabana, perseguidos por la gente de la casa. En cierto momento mi padre salió de la habitación, muy blanco, con los labios apretados de rabia y los ojos húmedos. A vomitar. Luego blasfemó un rato, volvió al cuarto y continuó disparando. Por fin salió. Los criados entraron y llevaron los cadáveres al pozo en desuso.

Algunos gatos consiguieron escapar. Tres de ellos no regresaron jamás a la casa asesina, de modo que debieron de volverse salvajes y aventurarse al peligro. A la vuelta del viaje, una vez que se marchó el vecino que la había acompañado, mi madre recorrió en silencio la casa, sin el menor comentario; ahora había un solo minino, su favorito, la gata vieja, que dormía en su cama. Mi madre no había pedido que la salváramos porque estaba vieja y no muy sana. Aun así, la buscó; y estuvo largo rato acariciándola y hablándole. Luego salió al porche, donde estábamos sentados mi padre y yo, los asesinos, y como tales nos sentíamos. Ella tomó asiento. Él liaba un cigarro. Todavía le temblaban las manos. La miró y dijo: «Esto no debe volver a suceder nunca más».

Y supongo que así fue.

El holocausto de los gatos me enfureció porque su necesidad había sido evitable, pero no recuerdo que me apenara. Estaba vacunada contra ese sentimiento por la angustia que me había producido la muerte de un gato años atrás, cuando yo tenía once. Aquella vez dije ante el cuerpo pesado y frío en que, inexplicablemente, se había transformado el animal ligero como una pluma del día anterior: nunca más. Había pronunciado ese mismo juramento en el pasado, y lo sabía. Cuando tenía tres años, según contaban mis padres, salí a pasear con la niñera por Teherán y, a pesar de sus protestas, recogí de la calle un gatito hambriento y me lo llevé a casa. Es mi gatito, contaban que dije, y luché por él cuando el resto de la casa se negó a acogerlo. Lo lavaron